

843
19.

PA 2199
I 38



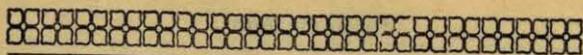
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Esta obra es propiedad
de sus editores, y queda he-
cho el depósito que marca
la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta Hélélica: Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.



I

EL «TODO EUROPA»

Una enorme multitud oprimíase aquella noche —una de las últimas del mes de Febrero de 188...— en los salones del Casino de Monte-Carlo. Era aquel uno de esos instantes pasajeros, pero bien conocidos de todos los que han invertido alguna vez en la Corniche, en que una prodigiosa y repentina afluencia de gente de diversos lugares transforma aquel sitio, tan vulgar generalmente, con su lujo brutal y por la calidad de los seres que allí se reúnen. La furia del placer, desencadenada sobre Niza durante los días del Carnaval, atrae á aquel rincón de la Rivière movible legión de ociosos y aventureros, al mismo tiempo que la dulzura del clima retiene millares de enfermos y de aburridos de la vida, los vencidos de la salud y de la suerte, y algunas noches, tales como en la que da principio esta historia, cuando los innumerables representantes de estas diversas clases, de ordinario esparcidos por la costa, se inclinan á la vez sobre la mesa de juego, sus caracteres se revelan en locas antítesis, lo que produce la impresión de una especie de *pandemonium*

cosmopolita, siniestro, trágico, mareante, grotesco y poderoso, donde se hubieran hundido los restos de todos los lujos y de todos los vicios, de todos los países y de todos los mundos, de todos los dramas y de todas las historias. En aquella sofocante atmósfera, y en medio de aquella riqueza insolente, las viejas monarquías estaban representadas por tres príncipes de la casa de Borbón, y las modernas por dos sobrinos de Bonaparte, fáciles los cinco de ser reconocidos en su perfil, en el que se reproducían los rasgos de las efigies grabadas en las monedas de oro y plata que rodaban sobre el tapete verde de las mesas. Ni estos príncipes ni sus vecinos cuidábanse de la presencia de un jugador que había llevado el título de rey en uno de los pequeños Estados improvisados en la Península de los Balkanes. Por este hombre se había batido la gente, por él había muerto, y él no parecía reconocer, en lo que se refiere á coronas, más que la de los reyes de las cartas extendidas sobre el tapete del treinta y cuarenta. Y reyes, príncipes, primos y sobrinos de emperadores se codeaban, en la promiscuidad de un sitio internacional, con los grandes señores, cuyos abuelos habían servido ó combatido á los suyos, lo mismo que estos grandes señores se mezclaban con hijos de burgueses que vestían, comían y gozaban como ellos, y estos burgueses con artistas célebres. Aquí el más famoso de nuestros pintores de retratos, allá un cantante de moda, al otro lado un escritor ilustre; nuestras mujeres de mundo se mezclaban á aquella baraúnda, luciendo tocados de gran valor. Y llegaban otros hombres y otras mujeres. Gentes de

todas clases entraban sin cesar por la puerta del fondo, desde la criatura de hambrientos ojos y rostro de criminal á caza de un jugador afortunado al que explotar, devorándole como la araña á la mosca, hasta la insolente y triunfante derrochadora de fortunas, que aventura veinticinco luises á un golpe de ruleta y luce pendientes de diamantes de treinta mil francos. Estos contrastes adquirirían mayor fuerza en algunos cuadros más significativos y curiosos que los otros: entre dos de esas vendedoras de amor, por ejemplo, de embadurnada tez y ojos inmundos y lujuriosos, una joven, casi una niña, casada la vispera, y llegada á Monte-Carlo en el curso de su viaje de boda, mostraba su lindo y fresco rostro, que la curiosidad animaba con una sonrisa. Más lejos los aficionados á la filosofía política hubieran podido ver á uno de los grandes banqueros israelitas de París alargar su puesta junto á la del más incisivo de los libelistas socialistas. Un joven consumido por la tisis, y cuya tez pálida, manchada por dos rosetas en los pómulos, brillantes pupilas y descarnadas manos pregonaban una cercana muerte, estaba sentado junto á un hombre de *sport*, cuyo color sano, anchos hombros y musculatura de Hércules parecían prometer ochenta años de vida. La luz blanca de la electricidad que, encerrada en globos, despedía sus rayos desde el techo y las paredes, y la amarillenta de las lámparas colocadas en las mesas de juego, hacían resaltar diferencias no menos extraordinarias de razas y de orígenes. Caras de rusos largas y anchas, de aspecto casi salvaje, en oposición á rostros italianos de una delicadeza latina y de un

estilo que recordaba la elegancia de los antiguos retratos. Cabezas alemanas, gruesas, con expresión astuta, contrastando con semblantes franceses espirituales, que recordaban el boulevard y «Variedades». Rojos perfiles de ingleses y americanos esculpidos vigorosamente, recordaban el ejercicio continuo, la caricia del aire libre, y también la intoxicación cotidiana del alcohol, mientras que caras exóticas, por la animación de los ojos y de la boca y por el cálido color de la piel, evocaban el recuerdo de otros climas, de comarcas lejanas, de fortunas hechas en los antípodas, en aquellas misteriosas regiones que nuestros padres llamaban poéticamente «las islas». Y el dinero rodaba siempre sobre el tapete verde de las mesas, que la víspera había sido necesario aumentar. Las agujas del gran reloj, colocado sobre la puerta de entrada, marcaban las diez menos cuarto, y la gente aumentaba por momentos; pero el ruido que dominaba en la sala no era el de las conversaciones, sino el producido por las idas y venidas en torno de las mesas, las que estaban colocadas en medio de aquella inmensa ola humana como rocas en la marea creciente, inmóviles al empuje de las olas. Este rumor era acompañado de otro no menos interrumpido: el sonido de las piezas de oro ó de la plata que se sentían chocar, separarse, correr, vivir, en fin, esa vida sonora y rápida que tienen bajo la raqueta de los *croupiers*. El repiqueteo de la bola en los salones destinados á la ruleta, unido á las palabras de costumbre: «rojo, negro, pares, impares, pasa y falta», se repetía con una impasibilidad de oráculo. Y más monótonamente todavía en las salas

del treinta y cuarenta, las palabras: «cuatro, dos, rojo gana, y color... cinco, nueve, rojo pierde, color gana». Al ver sobre las diez ó doce mesas las columnas de napoleones y de piezas de cien francos levantarse y hundirse, desplegarse los billetes de cien, de quinientos, de mil francos; mirando el aspecto de aquellos hombres, las alhajas de las mujeres, la evidente prodigalidad de todos, sentíase que la casa de juego se llenaba de otro frenesí que el de la ganancia y la pérdida. Respirábase la fiebre del lujo, del placer inmediato, del abuso. En semejantes noches parece que el oro no tiene valor alguno; tanto se gana y se pierde en aquellas mesas, y tanto se derrocha locamente en torno y al lado de ellas, en los hoteles, fondas y quintas que rodean al Casino como las casas de un establecimiento de aguas rodean la fuente. La belleza de las mujeres es allí más tentadora, más fácil, la querida muy astuta, el clima muy dulce. El paraíso de brutal refinamiento, instalado sobre aquellas rocas floridas, no permite calma, reflexión ni sangre fría. El vértigo se enseñorea, y aquella noche era una en las que tal sucede. Tenía algo de locura babilónica. No faltaba ni el *manes*, *thecel*, *phares* de la fiesta bíblica, pues los despachos colocados en una de las columnas del vestíbulo referían un episodio sangriento ocurrido el día anterior en un distrito minero del Norte. Este telegrama hablaba de tiros disparados por las tropas, de obreros muertos, de un ingeniero asesinado por represalias. ¿Pero quién resumía en imágenes concretas las palabras de aquel trágico despacho, y su amenaza revolucionaria en aquella multitud cada vez más sedienta de placer?

Las monedas de oro y plata continúan rodando, los billetes extiéndense sobre la mesa, y los *croupiers* gritan: «Hagan juego; y... no va más.» Las bolas siguen corriendo por la ruleta, las cartas continúan extendiéndose sobre el tapete verde y las raquetas atrayendo hacia el banquero las puestas de los que pierden, y todos allí reunidos siguen, quién en su monomanía del juego, quién en la de su lujuria, quién en su quimera de snobismo y de vanidad, quién en el capricho de su ociosidad. ¡A cuántas imaginaciones distintas no servía de teatro aquel extraño palacio con puertas del estilo de las de la Alhambra, puesto que hasta prestaba, en aquella noche de fiebre, uno de sus divanes para los preparativos de la más fantástica aventura, un matrimonio secreto!

El grupo de tres personajes, que por necesidad había escogido un rincón de aquel sitio mundano para entregarse á aquella romancesca conspiración, componíase de un hombre y dos mujeres. El joven parecía rayar en los treinta y dos años; ésta era también la edad de una de las dos mujeres que servía de rodrigón á la otra, una muchacha de unos veintidós años. La conferencia se celebraba en una amplia habitación que separaba las salas de ruleta de las del treinta y cuarenta, y para que todo fuera extraordinario, conviene añadir que á la joven, una americana, no le concernía en nada el matrimonio secreto. Estaba sentada en la extremidad del diván, y vigilaba, mientras hablaban su amiga y el joven. Con sus ojos garzos y atrevidos investigaba sin cesar la multitud de los que entraban y salían, con esa seguridad enérgica de una hija de los Estados Unidos, acostumbra-

da desde su infancia á gobernarse, y que desde el día en que se pone por cima de ciertos convencionalismos sabe el por qué de todo y no experimenta vergüenza alguna. Era hermosa, con esa hermosura en toda su madurez que, realizada por un tocado, quizás algo exagerado, da á las americanas la expresión de una mujer-objeto, por decirlo así, de una criatura de exposición. Tenía las facciones finas y enérgicas al mismo tiempo, la boca y barbilla bien dibujadas, y sobre sus espesos cabellos castaños un sombrero redondo de terciopelo negro, muy ancho de alas y cubierto de grandes plumas, que se levantaban por detrás sujetas con un broche de orquídeas artificiales. Era un sombrero de paseo, que llevaba por costumbre como el vestido de tela gris, con un cuerpo, casi coraza, de pasamanería de plata, que había ideado para ella el mejor modisto de París. Vestida de este modo, y con las alhajas que realizaban su tocado, miss Florencia Marsh—éste era su nombre—podía pasar por todo menos por lo que realmente era, es decir, por la más rígida y honrada de las jóvenes, vigilando por la futura dicha conyugal de una mujer tan honrada é irreprochable como ella. Esta última se llamaba la marquesa Adriana Bonnacorsi, veneciana de nacimiento y perteneciente á la ilustre familia de los Navajero. Su tocado, también llegado de París, demostraba el mal gusto de las elegantes de Italia, y que les da ese aire *fufu*, para emplear el término sin equivalente, propio de la burguesía de provincias, brillante, seductor pero sin solidez. Su vestido de satén negro estaba adornado con gran número de mariposas de azabache negro. Las mismas mariposas

aparecían sobre la seda de sus diminutos zapatos y entre las rosas del sombrero que cubría su rubia cabellera, de ese rubio rojizo del que tanto gustan los pintores de nuestro país. El brillo voluptuoso de su tez, la nobleza de su rostro, de pronunciadas líneas, el desarrollo de su busto, conformaban bien con su origen, y, sobre todo, la caricia de la mirada de sus azules ojos, donde se veía la apasionada languidez de la laguna, mirada con la que envolvía, ahogaba, al joven que la hablaba en aquel momento, y del que se conocía que estaba enamorada hasta la locura. El último, en la plena madurez de su fuerza, justificaba por su aspecto aquella adoración más sensual que sentimental. Ofrecía el notable tipo de esa hermosura varonil propia de Provenza, que atestigüa que fué, en efecto, durante muchos siglos, la tierra elegida en que la raza romana marcó más fuertemente su huella. Sus cabellos negros y cortados casi al rape sobre su frente recta y blanca, su barba recortada en punta, el firme perfil de su nariz y la profundidad de su entrecejo daban á su rostro un dibujo de medalla antigua, que hubiera sido severo si toda la energía del hombre enamorado no brillase en sus ojos húmedos, y toda la alegría del Mediodía en la sonrisa que dejaba ver sus blanquísimos dientes. Bajo el *smoking* y el chaleco blanco se adivinaba un cuerpo ágil y robusto, y esta impresión de robustez animal era tan evidente, los ademanes algo rudos del mozo dejaban ver tanta exuberancia, tan completa alegría de la vida, que borraban el efecto que á un observador pudiera producir la impenetrabilidad de sus pupilas brillan-

tes, y la finísima astucia que indicaban todos los rasgos de su rostro, muy reflexivo en su movilidad.

Hay dos especies de hombres que explotan sus defectos naturales en provecho de sus intereses: el alemán, que cubre su diplomacia tras lo que pudiéramos llamar su torpeza, y el provenzal, que oculta la suya tras su petulancia instintiva. Os parece realmente entusiasmado en el mismo instante en que traza algún plan de conducta con la misma solidez, la misma frialdad que un escocés. ¿Quién hubiese adivinado que sobre aquel sofá del Casino, y mientras hablaba tan alegremente con su abandono habitual, el vizconde de Corancey—pertenecía á una familia de los alrededores de Tarascón, de la nobleza menos auténtica—, acababa de llevar á buen término la más audaz, la más inverosímil y mejor estudiada de las intrigas? ¿Pero quién en el mundo sospechaba el verdadero estado de ánimo de aquel descuidado de Mario, como le llamaba su padre, el anciano viñador, al que sus compatriotas tarasconenses habían visto morir desesperado de las deudas eternas de su hijo? ¡No eran, ciertamente, las gentes de Tarascón y del Rhône, que habían visto las hermosas viñas, tan cuidadas por el padre, desaparecer día por día para alimentar las locuras del hijo! ¡No eran tampoco los compañeros de los placeres de éste, los Casal, los Vardes, los Marchault, todos los grandes vividores de la época, que habían conocido la sensualidad y vanidad del meridional, pero no su astucia, y que le habían colocado en el rango de los provincianos destinados á desaparecer después de haber brillado como un meteoro en el firmamento de París! Ni unos ni otros

habían diagnosticado en el alegre compañero, siempre dispuesto á una comida, á una partida de juego ó á una aventura galante, al práctico filósofo, que debía, al sonar la hora oportuna, cambiar por completo. Hacía varios meses había llegado esta hora: de los 600.000 francos que heredó de su padre apenas si le quedaban 40.000, y el sutil meridional había comenzado á trabajar desde aquel invierno en el programa de sus treinta y dos años: un buen matrimonio. La originalidad del proyecto estaba en las condiciones particulares que se había fijado. Había reconocido que, aunque la cuantiosa dote que su mujer aportara al matrimonio le enriqueciese, su situación en París no sería nunca la que él deseaba. El mal éxito obtenido en un elegante círculo, en el que había sido admitido por ser presentado por persona cuidadosamente elegida, había hecho comprender la diferencia que existe entre el compañerismo de tales sitios y la verdadera solidaridad mundana. En desquite dos ó tres visitas á Niza le habían revelado el mundo cosmopolita, y con su instinto superior había adivinado los recursos que en él podía encontrar, resolviendo casarse con una extranjera de fama europea. Se vió pasando el invierno en las costas, el verano en los Alpes, la época de caza en Escocia, el otoño en las tierras de su mujer, siendo París como un punto de parada de algunas semanas en la primavera. Este plan de existencia suponía que aquella mujer había de ser joven. Corancey la quería viuda, de alguna más edad que él, y, sin embargo, hermosa todavía, en el otoño de su vida. Contaba para conseguir la realización de sus deseos con su aspecto de

buen mozo, y era preciso que el yugo conyugal no fuera muy severo. El ideal de todas estas combinaciones, realizadas como por arte de magia, era una marquesa italiana, emparentada por su nacimiento con la más alta aristocracia de Venecia; viuda de un gran señor y poseedora, por su viudez, de 200.000 libras de renta; mujer que, aparte de todo, gozaba de una reputación intachable, y extremadamente religiosa, lo que haría, si alguna vez amaba, que no aceptase trato alguno con el hombre á quien eligiese fuera del matrimonio. Pero todas las manzanas de las Hespérides tienen su dragón, y el monstruo mitológico estaba representado en este caso por el conde Alvisé Navajero, hermano de la viuda, personaje tenebroso bajo su máscara de *snob*, y que quería guardar para su uso exclusivo los millones de su difunto cuñado Francesco Bonnacorsi. ¿Cómo la truhanería provenzal había conseguido no despertar la desconfianza veneciana? Aun hoy, en que estos sucesos pertenecen al pasado, los antiguos socios que se reúnan á las cinco en el Casino náutico de Cannes no lo podrían explicar; tanta astucia desplegó Corancey en abrir la mina, sin que nadie pudiese imaginar que se entregaba á este trabajo subterráneo. Cuatro meses habían bastado. Después de un combate íntimo entre sus sentimientos y escrúpulos, su timidez y su pasión, la marquesa Adriana había llegado á aceptar la idea de un matrimonio secreto, no encontrando más que este medio para satisfacer á la vez las exigencias de su devoción y el terror que su hermano la inspiraba, terror que aumentaba su amor por Corancey. En aquel momento temblaba, por más que supiera que su terrible

guardián se ocupaba en arriesgar sobre el tapete verde de otra habitación algunos billetes de mil francos que ella acababa de darle para quedarse libre de él. Alvise aventuraba aquel dinero con la reflexión y la prudencia de una persona habituada al juego, arruinada en éste, sin sospechar que á algunos pasos del sitio que se encontraba jugaban otra partida de gran importancia para él, por tratarse de una inmensa fortuna que Alvise consideraba como suya. Y realmente la partida estaba perdida para él, puesto que el novelesco plan imaginado por Corancey para poner entre la Marquesa y él un lazo indestructible, iba á ser ejecutado, y los novios acababan de fijar el lugar, la fecha y el último detalle.

—Y ahora—concluyó Mario—*no va más*, como dicen los de la ruleta. No resta más que esperar pacientemente esas dos semanas. Me parece que hemos pensado en todo.

—Tengo miedo de que ocurra algún contratiempo—dijo la marquesa Adriana, moviendo su rubia cabeza con movimiento dulce, que hizo templar á las mariposas negras de su sombrero—. ¡Si Marsh cambiase el día de la partida del yatel...

—Me telegrafía usted—dijo Corancey—, y le esperaré á usted en Génova otro día. Pero Marsh no hará eso. La baronesa Ely es quien ha elegido el 14, y la mujer de un archiduque, aun morganática, no revoca una orden, así sea tan demócrata como el *rachman*, que decía á una infanta de España: *Very glad to meet you, Infanta*. El mismo Marsh me ha contado la historia, y usted recordará su disgusto, ¿no es verdad, miss Florencia?

—Mi tío es tan puntual en sus placeres como en sus negocios—respondió la americana—, y puesto que la baronesa Ely está en el complot...

—Pero ¿y si Alvise cambia de opinión y quiere venir con nosotros?—replicó la veneciana.

—¡Ah, Marquesa, Marquesa!—respondió Corancey—. Mentira parece que, siendo hija de duxes, piense usted de ese modo, viéndolo todo por el lado peor. Usted olvida que el conde Alvise está invitado para ir á bordo del *Dalilah*, el yate de lord Herbert Bohun, *to meet S. A. R. Alberto Edvardo, principe di Galles*, y él, Navajero, ¡faltar á esta invitación!... *never!*

Pronunció esta frase con tanta gracia, imitando de tan perfecto modo el acento británico que su futuro cuñado afectaba, que la Marquesa no pudo menos de contestar:

—¡No sea usted malo!

Y acarició con su abanico la mano de aquel á quien consideraba como su prometido.

A pesar de la burla que hacía del tirano doméstico, ante el que la Marquesa temblaba, Corancey juzgó sin duda peligrosa su proximidad, pues procuró abreviar aquella conversación, inútil por otra parte.

—Tiene usted razón, cuando uno es feliz se debe ser bueno, y desearía que fuera usted tan dichosa y tan confiada como yo. Y antes de dejarla á usted quiero predecirle lo que pasará hora por hora, y ya verá usted si soy ó no profeta. Usted sabe que tengo la línea de la suerte—añadió, mostrando la palma de su mano—y también lo que he leído en la de usted.

El hacer el papel de nigromante en los salones era

una de sus astucias y supersticiones á la vez, y continuó con ese acento de seguridad que sugestiona la firmeza en los irresolutos:

—Hará usted, para ir á Génova, una magnífica travesía. Me encontrará usted donde sabe, con don Fortunato Lagumina, puesto que el anciano abate quiere servir de capellán en este *matrimonio secreto*. Regresará usted á Cannes sin que nadie pueda sospechar que la señora marquesa Bonnacorsi se ha convertido en la señora vizcondesa de Corancey, excepto el Vizconde, que encontrará el modo de hacer aceptar nuestra conjuración á Alvise... Desde aquí usted me escribirá á Génova, y yo... á nuestra querida miss Florencia...

—Que se llama también miss Prudencia—dijo la joven—y encuentra que han hablado ustedes mucho tiempo... ¡Cuidado con los *pickpockets!* (1)—añadió en inglés.

Esta era la señal convenida para el caso en que viere acercarse á algún conocido.

—¡Bah! Ese no es peligroso—dijo Corancey, después de mirar el sitio que miss Marsh había señalado con su abanico. Acababa de reconocer entre la multitud al personaje que había atraído la atención de la joven americana—. Es Pedro Hautefeuille, mi antiguo camarada. No ha reparado en nosotros. ¿Quiere usted ver, Marquesa, un enamorado lleno de desesperación por no haber visto á la que ama? ¡Y pensar que yo estaría como él sino estuviese usted aquí

(1) Palabra inglesa que significa jugador fullero.
(N. del T.)

para enloquecerme con su hermosura!—añadió en voz baja—. Mírele usted ir al otro lado, sentarse en el sofá, sin sospechar que le observamos. Un jugador perdidoso se levantaría la tapa de los sesos junto á él sin que el pistoletazo le hiciera volver la cabeza... No oiría nada.

El joven, que el meridional señalaba á sus compañeras, mostraba en aquel momento una actitud tan meditabunda que justificaba las palabras de Corancey. Si la conjuración para un matrimonio secreto, tratada en aquel sitio y entre aquella multitud, podía pasar por una extraña paradoja, el sueño de aquel á quien Corancey llamaba su antiguo compañero—habían estado juntos en un colegio de París durante dos años—era más extraño y más paradójico todavía. Entre la batahola que rodeaba á Pedro y el hipnotismo interior de que parecía presa, era muy grande el contraste. Indudablemente, para él no existía ninguna de las dos mil personas esparcidas por aquellos salones desde el momento en que la que buscaba no estaba allí. ¿Quién podía ser ésta sino una mujer? Pedro se había dejado caer sobre el canapé que hacía juego con el que ocupaban Corancey y las dos mujeres. Permanecía allí con el codo sobre el brazo del mueble y la frente sobre la mano, en una postura displicente. Sus dedos finos levantaron un poco sus cabellos, y descubrieron una frente de noble corte. La nariz ligeramente aguileña y la boca severa hubieran dado una expresión altiva, casi feroz, á su rostro, á no ser por la dulzura de sus pupilas. Aquella mirada, de una intensidad de meditación singular en una tez pálida, acababa de dar á

su semblante, adornado de un bigotillo negro, un vago parecido con el retrato clásico de Luis XIII, aun joven. Sus hombros delgados, sus miembros un poco agudos; la delicadeza aparente de todo su cuerpo, indicaban uno de esos organismos frágiles, cuya fuerza reside únicamente en los nervios, sin resistencia sanguínea, en los que las emociones morales llegan con extraordinaria viveza al corazón, y que se desgastan por el sentimiento, como los organismos musculares se gastan por la acción y la sensación. Aunque por su traje Pedro Hautefeuille no se distinguía en nada de Corancey ni de los innumerables ociosos diseminados por las salas, ó engañaba su rostro, ó no pertenecía al mismo mundo moral que aquellos señores del *smoking*, del chaleco blanco, de los zapatos de charol, que iban y venían en torno de las señoras, vestidas como vengadoras y de las vengadoras vestidas como señoras, y que se agrupaban en torno de las mesas de juego. La melancolía impresa en el pliegue de sus labios y en sus párpados fatigados revelaba un dolor, no momentáneo, sino habitual, un fondo de preocupaciones tristes; y si era cierto que había ido á aquel sitio en busca de la mujer que amaba, aquella tristeza se explicaba de un modo muy natural. Pedro debía sufrir por la vida que aquella mujer llevaba, por el ambiente en que vivía, por sus placeres, por cosas que no eran de ella; sufrir hasta la enfermedad, tal vez sin darse cuenta cabal de ello, pues no tenía ojos para juzgar lo que amaba. En todo caso, si, como había dicho Corancey, era un enamorado, seguramente no era un amante. No había en su rostro ni el orgullo ni

el rencor del hombre al que la mujer amada se ha entregado y que cree en ella ó duda. Solamente la inocencia con que se hundía en su sueño en medio de aquel público, atestiguaba una juventud de corazón y de imaginación bien rara á su edad. Las compañeras de Corancey sintieronse emocionadas por aquel contraste, y lanzaron á la vez una exclamación, cada una en la lengua de su país.

—*Com'è simpatico!*—dijo la italiana.

—*Oh! you dear boy!*—dijo miss Florencia.

—¿Y de quién está enamorado?—preguntaron ambas.

—Podría apostar á que no lo adivinaban ustedes—dijo Corancey—. Pero tranquilícense ustedes. Es un secreto que no me ha sido confiado y que por mí solo he descubierto; de forma que no tengo por qué guardarle. Pues bien; el simpático joven está enamorado de nuestra amiga la baronesa Ely. Esta se encuentra aquí, desde hace seis días, en casa de la señora de Brión, y el pobre chico no ha sabido dominar su pasión. Ha deseado volverla á ver sin que ella lo supiese. Ha debido vagar en torno de la quinta Brión en espera de que ella saliese. Reparen ustedes en el polvo de su calzado y de su pantalón. Después, por haber sin duda oído hablar en Cannes de que la Baronesa pasaba las noches jugando, ha venido aquí. No ha acertado á descubrirla entre la multitud... ¡He ahí cómo amamos los franceses—añadió, mirando á la Marquesa,—cuando amamos!

—¿Y la Baronesa?—preguntó la italiana.

—¿Quiere usted saber si le ama ó no?—continuó Corancey—. Por fortuna, usted cree en los signos de